

en sus corazones agradecidos, al ver que aquella mano protectora se les retiraba para siempre, al ver que les faltaba su primitivo y mejor protector, su mas fuerte apoyo. Así es que no sabian cómo rogar al Dios de misericordia por la eterna felicidad del Monarca, y porque el hijo fuese tan santo como el padre.

Terminadas las Vísperas de aquel día, se dió principio en el coro al Oficio de difuntos; y reunidos á las 6 de la tarde todos los caballeros de la Corte, toda la Real servidumbre y los monjes con cirios encendidos, fué trasladado el cadáver desde su aposento á la sacristía, donde estaba preparada una mesa cubierta con ricas alfombras y encima un dosel de brocado. Al sacar los caballeros el cuerpo por la puerta del real aposento, echaron de ver que sus fuerzas no eran suficientes para el peso del plomo que iba dentro, y que de ninguna manera podian llevarle hasta la sacristía; agregáronse á los primeros muchos caballeros mas, pero aun así les hubiera sido de todo punto imposible conducirlo si no hubieran sido relevados por varios peones de la fabrica (*). Llegado al punto que hemos dicho y colocado allí todos se retiraron, quedándose á velarle durante la noche los Monteros de Espinosa y algunos monjes. Presentóse á la mañana siguiente en la sacristía el rey con toda su corte de luto riguroso, y unidos á la Comunidad se dijo el Oficio, y luego la Misa, que celebró el Arzobispo de Toledo D. García de Loaisa. Salió el fúnebre cortejo por la puerta de la antesacristía, que cae al claustro principal bajo, dió la vuelta por todo él, entrando en la iglesia por la puerta llamada de las Procesiones, alternando esta vez en la conduccion del cadáver los caballeros y los monjes, hasta colocarle en el túmulo, preparado debajo de la cúpula, cubierto de terciopelo negro y recamado de oro. Permaneció allí colocado durante el Oficio y Misa, á cuyos actos asistió el príncipe puesto en pie detrás del féretro, hasta que terminado el ceremonial fué depositado en la bóveda debajo del altar mayor con los demás cuerpos reales, y colocado entre el del Emperador y el de su última mujer Doña Ana. El Marqués de Denia, caballero mayor de S. M., fue el encargado de hacer la entrega del cadáver al Prior y al convento, de cuya formalidad dió fe el notario y secretario de Estado Gerónimo Gasol.



MARQUÉS DE DENIA.



GERÓNIMO GASOL.

El día siguiente (13 de febrero) fue el señalado por S. M. para la apertura y lectura del testamento, á cuyo efecto fue de Madrid el Presidente del Consejo Real, Rodrigo Vazquez, quien lo verificó en su presencia con todas las formalidades de costumbre, aceptándole en todas sus partes Felipe III, y haciendo comprender que deseaba cumplir con toda exactitud cuanto en su última voluntad habia dispuesto su difunto padre. Esto no se limitaba á lo concerniente al gobierno, sino que se hacia estensivo (y era su mayor parte) á las cosas que tocaban al monasterio. Lo mucho que en este documento encargaba, y con excesiva prolijidad y gran detenimiento, á sus augustos sucesores el progreso, conservacion y cuidado del Escorial, muestran bien á las claras la grande estima en que tenia este monumento religioso, considerándole como el mas rico florón de su corona; contenia igualmente la donacion de heredades y juros bastantes para el sostenimiento del edificio que pocos años antes habia levantado,

(*) Sigüenza dice que fueron monjes.

así como el mantenimiento de los 140 monjes que habian de cumplir las cargas, que ya entonces eran la vela continua ante el Santísimo Sacramento, 16 aniversarios anuales, 7300 Misas rezadas, 2 diarias cantadas, y un sin número de-responsos y otros varios sufragios.



Despues de haber pagado el nuevo rey el postrer tributo de veneracion y respeto á las cenizas de su augusto padre, partióse el 16 para la Corte, dejando á los monjes en continuos sufragios hasta el séptimo dia, en que se celebraron solemnes honras, en las que pronunció la oracion fúnebre el P. Fr. Antonio de Leon, poniendo en relieve las glorias de su magnánimo fundador.

Tambien se levantaron el túmulo y capilla en la iglesia de S. Gerónimo de Madrid, compuesto de 12 columnas, sobre cuatro de las cuales estaban las estátuas de sus padres y abuelos, llenas de trofeos de sus vidas, de sus muchas banderas y estandartes. Hiciéronle igualmente las exequias en la iglesia de Nuestra Señora de París, de orden del Rey; y las que se verificaron en el Escorial fueron de tal suntuosidad que solo han sido repetidas al fallecimiento del augusto padre de nuestra reina.

Felipe II se empeñó en gastos tan enormes que le hubiera sido imposible sufragar sin la observancia del orden mas exacto, y la mas severa economía; y la suma invertida en el monasterio del Escorial, á pesar de lo que despues diremos, es una prueba irrefragable de ello. Ya hemos dado á conocer en mas de una ocasion el tino especial de Felipe II en la eleccion de personas en cualquier género de ocupacion, y por cierto que al poner al frente de la obra al lego Villacastin, no será la ocasion mas oportuna de negarle este talento. Iniciados los trabajos, preparados y dirigidos por aquel á quien podemos llamar el arquitecto mayor; aquel lego, el nunca bien ponderado Fr. Antonio, era el intendente de la obra, el celador, el tenedor de libros, el gefe de los obreros y en mas de una ocasion el primero de ellos: hallábanse estos tan bien distribuidos, tan subordinados y observadores del método establecido, que tan crecida masa de hombres parecia moverse á impulso de un solo resorte. Un contador y un pagador constituian toda la oficina de cuenta y razon, al mismo tiempo que un solo monje, el procurador del convento, cuidaba y administraba él solo las fincas con que Felipe II dotó al monasterio, y cuyos productos servian ya para los objetos á que estaban destinados. En este orden, en este método, debido al ojo certero del monarca, en este constante cuidado de no pagar brazos inútiles, es donde hemos de buscar la causa de haber costado tan poco dinero el Escorial, verdad es que los salarios en aquella época eran cortos, por mas que algunos escritores se hayan esforzado en probarnos lo contrario.

Creyendo Felipe II honrar á Juan de Toledo, le daba un salario muy desproporcionado á su mérito; 400 ducados, como arquitecto principal de la fábrica de San Lorenzo: y aunque quiera suponerse que el dinero valiese entonces cuatro veces mas, aún resultará un salario mezquino para un hombre que estaba á la cabeza de semejante obra, para aquel en cuyo nombre unido al de Juan de Herrera se halla casi compendiada la buena arquitectura de su siglo.

Mas aun á pesar de esta gran diferencia en los jornales, queremos decir que el método económico que allí presidió podia hoy citarse como modelo, hoy que si posible fuera levantarse otro monumento igual, de seguro que con los 66 millones escasos que costó toda aquella mole granítica, no habria bastante para hacer los planos, nivelar el terreno y abrir las zanjás (1).

Pero en aquella obra no habia la multitud de empleados supérfluos que se acostumbran en nuestros dias, ruedas inútiles que mas sirven para entorpecer que para ayudar al buen movimiento de la máquina, y cuyos crecidos sueldos absorben la mayor parte del presupuesto. Entonces no hubo directores, subdirectores, juntas de administracion, interventores, superintendentes y comisiones; se buscaban hombres aptos é inteligentes para cada objeto, y se les pagaba su trabajo (2). El mismo Felipe II era tambien el director, el inspector; era el principal sobrestante de aquella obra, en la que colocó la primera piedra, cuyo cuerpo crecia y se desarrollaba delante de sus propios ojos. El formó las instrucciones para la congregacion de la fábrica, á quien estaba sometido todo el poder y cuidado; y esta congregacion, que hoy llamaríamos junta inspectora ó junta directiva, constaba solo del Prior, del Contador y Veedor, cuyos cargos eran gratuitos. Al ver el cuidado, la minuciosidad, la prevision con que están redactadas dichas instrucciones, se comprende cómo pudo levantarse tan grande edificio en tan poco tiempo y proporcionalmente con tan poco dinero.

(1) Un edificio del Estado hay en Madrid construido en nuestros tiempos que ha costado igual cantidad; y por cierto que ni la estension del terreno que ocupa, ni su mérito artístico pueden, á juicio de los inteligentes, compararse con el Real Monasterio del Escorial.

(2) Ya recordarán nuestros lectores lo que hemos dicho hace poco respecto del salario que recibia el gefe principal de la obra, el inmortal Herrera.